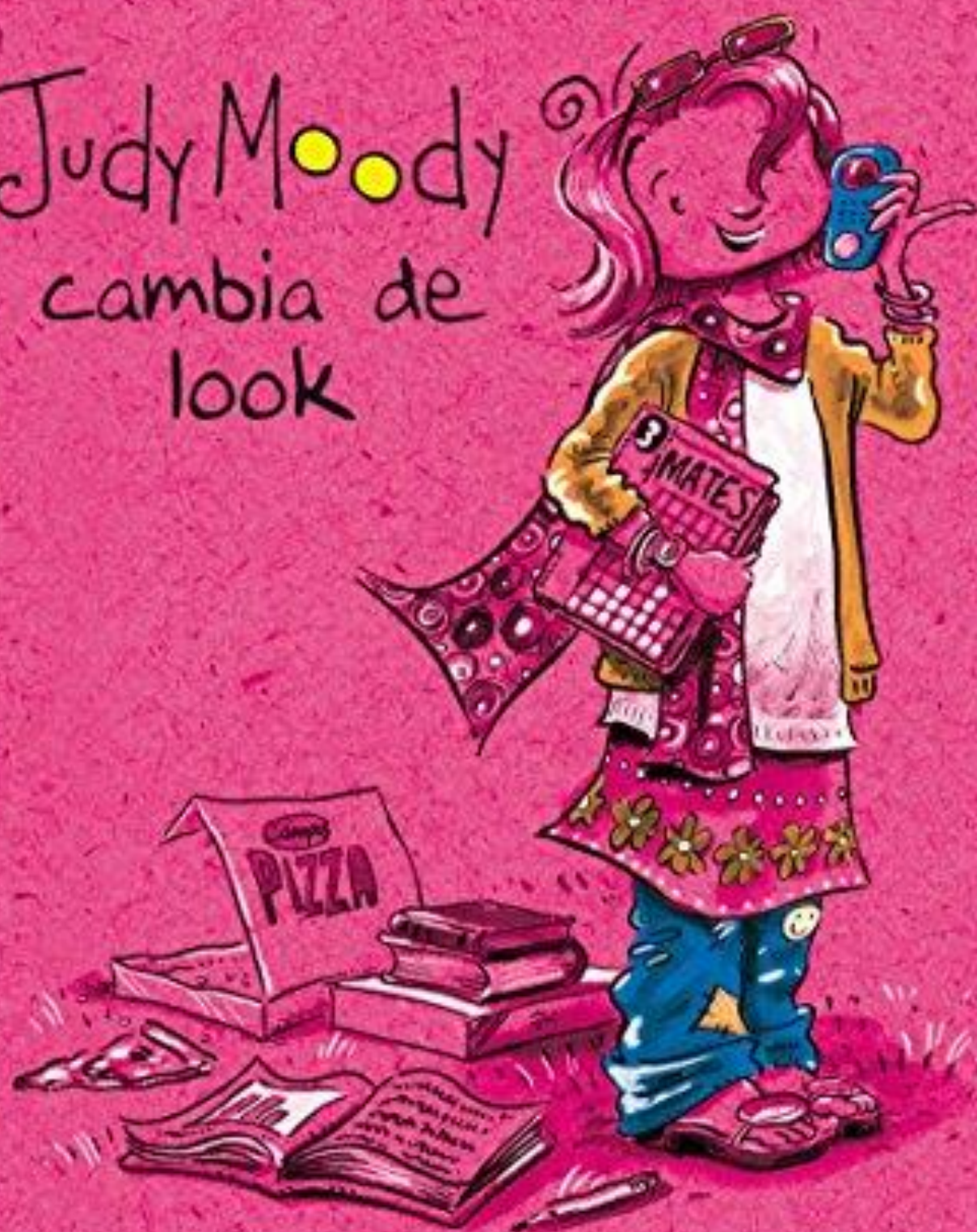


Judy Moody

cambia de
look



Megan McDonald

Ilustrado por Peter H. Reynolds

ALPAGUARA
INFANTIL



Quién es



Judy Moody

El castigo de la tutora.
La oveja negra del cuadro de honor.



Papá

alias, Richard.
Mi viejo.



Mamá

alias, Kate.
La mitad de mis viejos.



Mause

El Gato yogui
(de yoga, no de yogur)

Quién



El clásico «plasta»



Los colegas



La sorprendente y
superasombrosa universitaria,
profesora particular de Judy

Mat-i-tud

Cuando Judy Moody llegó al colegio el lunes se encontró con una profesora nueva. A la nueva profesora la llamaban la *Susti* (más por su cara de susto que por ser la sustituta). La nueva profesora se llamaba en realidad señora Gordon. Y había tres cosas que no encajaban: una, la señora Gordon no era gorda; dos, la señora Gordon, como era mujer, debería llamarse señora Gordan; tres, la señora Gordon no era el señor TODD.

Judy fue la primera en levantar la mano:

—¿Dónde está el señor Todd?

—Seguro que el señor Todd os contó el viernes que iba a una reunión de profesores.

—Yo no vine el viernes —dijo Judy.

—Ha ido a aprender a ser un profesor mejor —intervino Jessica Finch.

—Pero el señor Todd ya es un profesor estupendo —observó Judy.

—A lo mejor le van a dar un premio por ser buen profesor —apuntó Rocky.

—¿Dónde ha ido y cuándo volverá? —quiso saber Judy.

Los demás empezaron también a hacer preguntas:





—¿Nos va a leer *Catwings* y *La vuelta de Catwings*?

—¿Nos va a llevar de paseo al campo? El señor Todd siempre nos lleva a dar paseos por el campo.

—¿Somos todavía la clase Tercero T? ¿O ahora somos Tercero G?

—El señor Todd está en Bolonia, Italia —explicó la señora Gordon.

¡Pues, vaya! La vida no era justa. A Judy le gustaba la salsa boloñesa. A Judy le gustaba Italia, hasta sabía un baile de Italia: la *tarantela*. El señor Todd probablemente estaría ahora mismo en Bolonia, bailando como una tarántula, mientras ellos estaban allí encerrados, aprendiendo aburridas y viejas tablas de multiplicar.



A Judy Moody no le gustaba tercero, ya fuese Tercero T o Tercero G, si no estaba el señor Todd.

La nueva profesora de Judy Moody venía de Nueva Inglaterra y no hablaba como el señor Todd. Hablaba de una forma muy graciosa, pronunciando mucho las erres. La nueva profesora de Judy Moody no llevaba gafas *fashion* como el señor Todd. Las llevaba colgadas del cuello con una cadena. Tampoco olía como el señor Todd. Olía como si se bañase en agua estancada.



La nueva profesora de Judy Moody plantó una tienda de campaña al fondo de la clase con un cartel que decía: «TIENDA DE REFLEXIONAR». Judy se preguntó qué actitud debería adoptar para entrar en ella e ir de excursión.



Para colmo la nueva profesora de Judy Moody era aficionada a las chuches. Repartía caramelos entre sus alumnos por buen comportamiento, menos a Judy que mostraba una actitud negativa. Incluso daba caramelos por cada respuesta acertada de matemáticas. Pronto la clase entera iba a tener mate-caries. Todos, excepto Judy.

Aquel día la señora Gordon hablaba de medidas: litros, decilitros y mililitros. Intentaba que las matemáticas fueran «mogollón» de divertidas. Judy, por una vez, no atendía, no le interesaban ni medio litro los centilitros.

«La señora Gordon lleva diez litros de perfume». «La señora Gordon ha repartido veinte mililitros de caramelos».

En vez de escuchar, Judy jugaba con su reloj. Su nuevo *reloj bailarín último modelo azul pavo fluorescente resuelvedudas 5000*, que predice el futuro y tiene salvapantallas.



Bla, bla, bla... continuaba la señora Gordon, garabateando cifras arriba y abajo. Judy «decidió» que escribir cifras no hacía que las matemáticas se entendieran mejor.

Judy apretó algunos botones de su reloj. Una lucecita parpadeó. Un botón dual daba la hora en dos países, de manera que una persona no tenía que llevar dos relojes.

Scrich, scrach, scrich, la señora Gordon escribió en la pizarra durante una mate-ternidad.

Judy apretó el gran botón verde con la interrogación. ¡Guay! Era como el juego de *La bola mágica*. Le preguntabas algo al reloj y te daba misteriosas contestaciones.

—¿Es la señora Gordon mate-adicta?

—Sí.

—¿Me dará alguna vez un caramelo?

—No sé.

—¿Iré algún día a la universidad?

—Tiene buena pinta.

—¿Volverá el señor Todd?

—Confuso.

—¡Judy! ¿Has oído la pregunta?

Judy no había escuchado la pregunta. Y por lo tanto no sabía la respuesta.

¿Era 77? ¿88? ¿99? ¿Eran litros, decilitros, metros, kilómetros, toneladas?

Judy soltó la primera respuesta que se le vino a la cabeza.

—¡Confuso!

Mami y pap-i-tud

Judy tuvo que llevar una nota a casa. Una nota de la profesora. Una nota que decía que necesitaba una atención especial. Una nota que indicaba que estaba un tanto confusa en matemáticas.

La primera parte de la nota era sólo bla, bla, bla, así que Judy la rompió en dos y sólo entregó a sus padres la parte buena. No la mala. Mamá y Papá la leyeron.

—¿Judy tiene problemas? ¡Estupendo! —comentó Stink.

—Pero sólo medio problema —aseguró Judy.

—Judy, ¿qué ha pasaso con el resto de la nota?

—La partí en dos —dijo Judy—. Como en una fracción. ¿Sabéis? Soy bastante buena en matemáticas. Fracciones y divisiones y todo eso.

—Venga —apremió Stink—. ¿Cuántas son ocho por doce?

—Y a ti que te importa —dijo Judy.

—¡Son noventa y seis! —respondió Stink.

—Judy. La nota —pidió Mamá—. Papá y yo tenemos que leer «toda» la nota.

Judy rebuscó en su bolsillo y sacó la otra mitad toda arrugada. Se la tendió a sus padres.

Papá y Mamá la leyeron. La leyeron dos veces. Tardaron lo menos mil años en leer aquella fracción de nota, aquella media nota.

Y hablaron con Judy. Y hablaron entre ellos. Hablaron con gente por teléfono durante cien años. Y volvieron con un plan.

No el plan de «atiende mejor a lo que te dice tu nueva profesora».

No el plan de «devuelve tu nuevo reloj».

No el plan de «te ayudaremos a hacer los deberes».

Sino un «Superextra especial plan de ayuda». Judy iba a entrar en un «plan de tutoría».



—¡Tutoría! —exclamó Judy—. ¿Es que vosotros no podéis ayudarme?

—Lo estamos haciendo —dijo Mamá.

—Lo estamos haciendo —dijo Papá.

—¿Cuántas son seis por siete? —preguntó Stink.

—Un profesor particular será una ayuda extra —dijo Mamá.

—Un profesor particular será una ayuda adicional —añadió Papá—. Eso es lo que tu profesora aconseja.

—Para vuestra información, os diré —protestó Judy— que la señora Gordon NO es mi profesora.

—¿Cuántas son cinco por once? —insistió Stink.

—Prometo que escucharé —suplicó Judy—. No llevaré al colegio mi reloj nuevo. Prometo que estaré atenta en clase.

—Estarás *a-tonta*, como siempre —se rió Stink.

Judy tenía que demostrar que era buena en matemáticas. Empezó a recitar la tabla de multiplicar:

—Dos por cuatro, ocho. Dos por ocho, dieciséis. Dos por dieciséis, será... no sé cuántos, todavía no hemos dado eso, pero prometo que lo aprenderé.

—Tener un profesor particular te gustará. Ya lo verás —dijo Papá.

—Los profesores particulares tienen tarjetones con números —dijo Stink—. De esos que se usan para que aprendan los pequeños. ¿Cuántas son dos por cinco?



—El número de uñas de los pies que te voy a pintar de rojo mientras duermes —Stink se sentó encima de sus pies.

Judy miró a Mamá, luego a Papá, después a Mamá, y volvió a la carga:

—¿De verdad tengo que ir a clases particulares?

—Sí, ya está todo arreglado —dijo Mamá—. Empiezas mañana.

—¡Kilómetros! —se enfurruñó Judy.



Al día siguiente, cuando acabaron las clases, Papá recogió a Judy. Ella cerró los ojos, se tiró sobre el asiento de atrás y se abrochó el cinturón. Iban camino de la clase particular. Cada vez que cerraba los ojos veía tarjetones con números. Juegos para parvulitos. Ella, Judy Moody, no estaba de humor. Al menos de humor para las matemáticas. Y mucho menos para juegos de tarjetones con números.

«Cosas de la vida: ella, Judy Moody, iba a ser una pequeñaja con clase de apoyo».

—¿Tendré que contar cuentas y pegar macarrones de colores? Stink dice que tendré que contar cuentas y pegar macarrones de colores.



—No lo sé —dijo Papá.

—¿Tendré que jugar con bolitas de colores y tazas de plástico?

—No lo sé —dijo Papá.

—¿Tendré que pintarle ojos de gato a un triángulo? Stink dice que tendré que pintarle ojos de gato a un triángulo.

—Ya veremos —dijo Papá—. Quizá tendrás que practicar juegos matemáticos, como «Yo tenía diez perritos y uno se perdió en la nieve...»

¡Diez perritos! ¡Diez porritas! Judy puso cara de perro y se hundió más en el asiento. Papá ni se enteró. Claro, él no tenía que pasar el resto de la tarde haciendo matemáticas

macarrónicas ni pintando gatos geométricos.

—¡Ya hemos llegado! —exclamó Papá alegremente.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó malhumorada Judy.

—Universidad Colonial —dijo Papá.

—¿Universidad? —preguntó Judy.

—Sí, aquí es donde van a ayudarte con las matemáticas —dijo Papá—. Tu profesora particular será una estudiante.

Judy se enderezó de un salto y alzó los brazos.

—¡Voy a estudiar en la universidad!



Locur-i-tud

Judy siguió a Papá por el camino flanqueado de árboles del campus de la Universidad Colonial, pisando, a propósito, todos los charcos que pudo encontrar. Pasaron junto al estanque de los patos, y por delante de una imponente biblioteca con un reloj en la torre, y de una asombrosa escultura que parecía beicon con huevos. Al final, llegaron a un edificio de ladrillo de cuatro pisos con puntiagudas torres que parecía un castillo y estaba cubierto de yedra.



—Aquí es —dijo Papá—. En el Pabellón Grace Brewster Murray Hopper.

Subieron un largo tramo de escaleras y caminaron por un enorme pasillo hasta una puerta en la que ponía: «DEPARTAMENTO DE MATEMÁTICAS».

—Hemos llegado —dijo Papá.

Una chica con los ojos verdes y una cola de caballo bastante despeinada salió a su encuentro.

—Ustedes deben de ser los Moody.

—Sí. Yo soy Richard Moody y ésta es mi hija Judy —dijo Papá.

—Hola. Yo soy Cloe. Cloe Canfield. Mis amigos me llaman «C» al cuadrado porque mi nombre tiene dos *Ces*, o sea que soy C^2 . Por eso trabajo en la sección de matemáticas.

—Tiene gracia —dijo Papá, estrechándole la mano.

—No lo pillo —dijo Judy.

—Es álgebra —le explicó Cloe.

—¿Álgebra? ¿No te han avisado? Yo sólo estoy en tercero.

Cloe se echó a reír.

—Lo que he querido decir es que cuando multiplicas un número por sí mismo lo elevas al cuadrado.



—¡Ah, sí! O sea, que si estoy de un humor tan malo que es como dos malos humores, estoy de un mal humor al cuadrado, ¿es así?

—Justo. Moody mal humor al cuadrado —dijo Cloe. Papá se mordió los labios.

—¡Haciendo cálculos! ¡Cuadrando números! ¡Eso estoy haciendo! ¡Viva! —exclamó Judy.

—Para eso has venido —dijo Cloe—, las matemáticas están por todas partes. Las matemáticas son como la vida misma. Ya lo verás. Te vas a divertir.

—Bueno. No sé —dudó Judy. Había tarjetas con números sobre la mesa. Y allí donde hay tarjetas con números, gatos en triángulos y macarrones, es difícil que haya mucha diversión.

—Lo vas a pasar genial —dijo Papá, acariciando la coronilla de Judy. Ella no estaba tan segura—. Volveré dentro de una hora para recogerte.

—¡Son sesenta minutos enteritos! —se quejó Judy.

—Sí, tres mil seiscientos segundos —Cloe condujo a Judy a un sitio en el que había una mesa llena de bloques de esponja, baldosines de colores y (¡Oh, no!) tazas con... ¡Cuántas cuentas! Durante unos segundos Judy había pensado que la universidad iba a ser divertida, pero ésta era una universidad para pequeños.

Ella, Judy Moody, estaba de mal humor. Un mal humor doble. Un mal humor al cuadrado.

—Ésta es la «Sección de Investigación» —indicó Cloe.

La «Sección de Investigación» seguramente era otra manera de llamar a la «Sección de Deberes».

—¿Qué te apetece más de esto? —dijo Cloe señalando unas estanterías que estaban repletas de juegos pegadas a la pared.

—¿Quieres decir que vamos a jugar a lo que yo elija y que no tengo que contar las cuentas que hay en cada taza?

—Sé que si te hago rellenar papeles, te volverás majara. Estoy segura de que prefieres jugar a algo. Después, habremos llegado al momento *crucial*.

—¿*Crucial*?

—Bueno, ya sabes, el momento bueno, excelente.

—Ya, tú quieres decir *extraño*. Me apetece jugar al Juego de la Vida. Tiene una peonza maravillosa.

—Bien —dijo Cloe. Se metió la caja bajo el brazo—. Vamos.

—¿Ir? ¿Adónde? ¡Si ya estamos aquí! ¿No es esta la «Sección de Investigación»?

—Conozco un sitio mejor para estudiar matemáticas. El Café Catz.

Judy siguió a Cloe hasta la cafetería del campus. ¡Um, olía a bollos calientes! Estaba llena de chicos y chicas que leían, estudiaban y escribían a toda máquina en ordenadores portátiles colocados sobre sus rodillas.

Cloe pidió un café largo, espumoso, con leche descremada, sin batir y doble ración de vainilla (el café de moda), y Judy pidió chocolate caliente en un «tazón».

Cloe le dio un billete de diez dólares y Judy tuvo que ir a pagar como una mayor y contar bien el cambio. Le devolvieron tanto dinero que hubiera podido comprarse un móvil de chocolate que había en el mostrador.

Sentadas cerca de una ventana, Cloe abrió el tablero y Judy la ayudó a colocar las montañas, los puentes y los edificios.



Cloe le dió a Judy un coche para que lo condujera (por el tablero, claro).

—Me encanta este juego, porque es como la vida misma. Tienes que ir a la universidad, buscar un trabajo, ganar dinero y comprarte una casa.

—Yo ya sé lo que quiero ser de mayor —dijo Judy—. Quiero ser médico.

—¿De veras? —dijo Cloe—. ¿En la realidad o en el juego?

—En las dos cosas —dijo Judy.

—O sea, que eres una *premed*. Así se llaman los que van a entrar en la facultad de medicina. En tu caso eres una *prepremed*.

—*Premed* al cuadrado —dijo Judy.

—Uno de mis «colegas» quiere también ser médico —dijo Cloe.

—¿Colegas?

—Sí. Uno de mis amigos. Mira, si has venido a la uni, vas a tener que aprender a hablar nuestro idioma.

—¿De veras? —preguntó Judy.

—¿Ves? Ya hablas como yo —dijo Cloe riéndose.

En el Juego de la Vida, a Judy le tocó ser la banca.

—Mi hermano pequeño, Stink, SIEMPRE se pide ser banca —le explicó a Cloe. Ahora ella, Judy Moody, y no Stink, se ocupaba de montones y montones de dinero y tenía que colocar billetes de mucho valor. Y Cloe le dejó ser médico, aunque mirar las tarjetas de las Carreras estuviera contra las reglas.

Judy ganó un montón de dinero y se casó y compró una televisión de plasma y aprendió el lenguaje de signos y encontró un tesoro enterrado en el Gran Cañón y ayudó a gentes sin hogar; ni una sola vez se le cayó encima un árbol, ni tuvo la crisis de los cuarenta.

—¡Me encanta *la vida!* —exclamó Judy.

—¡No me extraña, casi me ganas hasta los pantalones! —se rió Cloe, sujetándose los vaqueros.

Judy se rió con la broma y luego preguntó:

—Oye, Cloe, hablando de pantalones, ¿por qué llevas ese tipo de pantalones y chaquetas?

—Es mi estilo, mi *look* —dijo Cloe—. El *look* de la artista que hay en mí.

—¿Por eso llevas camisas sueltas y agujeros en los vaqueros y ese tatuaje con una flor, y te tiñes el pelo de rojo?

—Supongo que sí —dijo Cloe.

—¡Total! —exclamó Judy.



En el camino de vuelta hacia el Departamento de Matemáticas, Cloe y Judy atajaron por el aparcamiento:

—Mira cuantos «escarabajos» Volkswagen hay —dijo Judy—. Uno verde, dos rojos, uno azul, otro amarillo. Mi hermano se volvería loco. Le molan un montón.

—¿Os gustan los «escarabajos»? —preguntó Cloe—. El mío es ese verde de ahí. A ese color le llaman *Verde Lagarto*. Yo le llamo *Bicho de junio*, porque me lo compré el junio pasado.

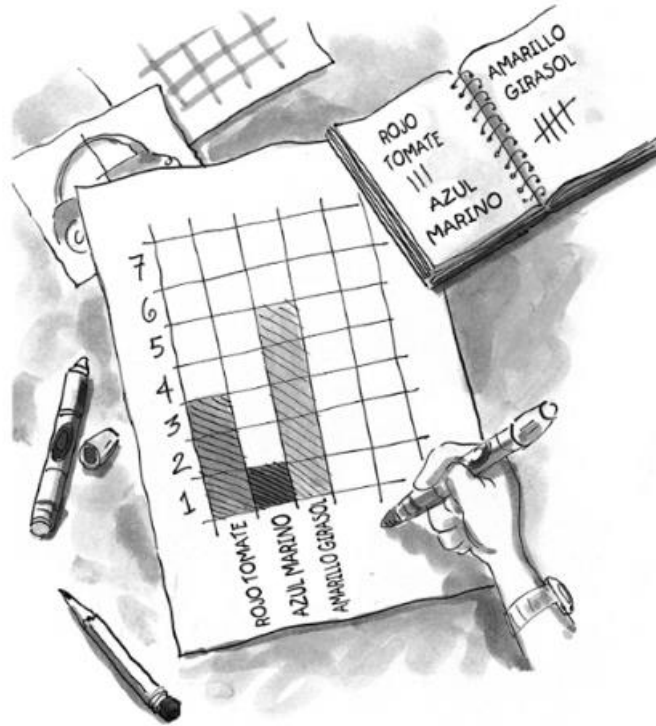
—¿De veras? ¡Qué divertido! ¡Hasta tiene un florero de verdad en el salpicadero! Oye, ¿te das cuenta de que estás cultivando un cepillo de dientes en tu florero? —Judy se partía de risa.

—¿Sabes qué? —dijo Cloe—. Vamos a contar todos los «escarabajos» que hay en el aparcamiento y a escribir cuántos hay de cada color. Luego, volveremos al laboratorio y te enseñaré a hacer un gráfico.

Judy recorrió a toda prisa el aparcamiento, contando montones de coches: rojos, azules, amarillos y verdes. Sólo vio uno plateado y otro gris:

—El gris parece un robot —comentó Judy.

De vuelta en el Laboratorio de Matemáticas, Judy hizo un gráfico y coloreó los cuadrados según cada tipo de escarabajo: rojo tomate, azul marino, amarillo girasol... A Judy se le pasó el tiempo volando.



—Ha llegado Richard —dijo Cloe, mirando hacia la puerta.

—¿Quién es Richard? —Judy levantó la cabeza y vio a su padre de pie en el umbral—. ¿Ha pasado ya una hora? —preguntó—. Es como si sólo hubieras estado fuera cinco minutos. ¿No puedes irte un ratito más?

—Te has divertido con las matemáticas, ¿eh?

—Estoy aprendiendo a hacer gráficos, y cuando termine, Cloe dice que lo puedo colgar en la pared. ¡Será un grafiti!

Una nueva act-i-tud

Judy estaba deseando volver a la universidad. ¡Tres veces a la semana! Tener una profe particular era total. Total al cuadrado.

En sólo dos semanas Judy había adquirido un nuevo interés en la vida.

Ella, Judy Moody, una mañana, antes de salir para el colegio, se movía chuleándose por la cocina. Llevaba un vestido encima de unos vaqueros desgarrados por las rodillas, un corto, cortísimo mini-jersey, una bufanda fantástica, unas diminutas gafas, una docena de pulseras y tatuajes adhesivos... Y chanclas.

—¿Es que vas a hacer teatro? —se interesó Stink.

—¡Qué bobada! —dijo Judy—. Sólo voy a representar mi vida.

—¿Cuántas camisas llevas? —quiso saber Stink.

—¿Es ése mi pañuelo? —preguntó Mamá.

—Me he vestido de universitaria —explicó Judy—, tengo clase esta tarde después del cole, Kate —Cloe llamaba a los mayores por su nombre, así que ella trató de hacer lo mismo.

—Hace demasiado frío para ir con sandalias —dijo Mamá frunciendo el ceño.

—Y vas a necesitar un abrigo —añadió Papá.

«Padres. Unidad parental. Los viejos. Kate y Richard eran tan carrozas...»

—¡Los alumnos de la universidad no se ponen abrigos! —dijo Judy.

—¿Qué se ponen? —preguntó Stink.

—Se ponen lo que les pide su estilo, *su look* —contestó Judy.

—¿Así que tu estilo es vestirte como un payaso? —comentó Stink.

¡Vaya hermanito empanado que me ha caído!

—Por cierto —dijo mamá—, ¿qué tal te va con Cloe?



—¡Me va de muerte, de lo mejor! Cloe es la bomba. Conduce un escarabajo verde lagarto que se llama «Bicho de junio» y lleva el pelo teñido de rojo, una sortija en un dedo del pie y siete *piercings*.

—Nadie necesita tantos agujeros en la cabeza —comentó Papá.



—¡Una cabeza como un queso suizo! —exclamó Stink—. Yo también tengo siete agujeros en mi cabeza. Dos ojos, dos orejas, dos agujeros de la nariz y la boca, suman siete.

—Esa Cloe, ¿sabe algo de matemáticas? —preguntó Mamá.



—Esa Cloe, ¿tiene cartones con números? —preguntó Stink.



—Para vuestra información, os diré que no utilizamos cartones —dijo Judy—; pero jugamos a *Bingo multiplicado* y a *Tictac dulce con galletas*. También hemos hecho unos

«pantalones gigantes triangulares» con bloques de esponja —Judy se burló— ¡Quedaron tan *fashion!*

—Me pregunto qué tiene que ver un montón de esponjas con las matemáticas —dijo Stink—. ¿Verdad, Mamá? ¿Verdad, Papá?

«Cosas de la vida: Stink = plasta».

—Stink me refiero a bloques de esponja. Los inventó un chico. Verás, si colocas correctamente los lados y los ángulos, puedes formar cualquier polígono —mamá alzó una ceja y miró a Papá. Papá alzó otra ceja y miró a Mamá.

—¡Guau! ¿Puedo ir yo también a la universidad? —preguntó Stink.

Judy no le hizo ni caso.

—Dice Cloe que no hay que tener miedo a las mates —les explicó Judy a Kate y a Richard—. Con un poco de práctica, como pasa con el piano o el fútbol, uno lo pillá. Y sobre todo no hay que olvidarse de divertirse.

—Bueno, me gusta esa actitud tan positiva —dijo Mamá.

—¿Quieres decir mi mat-i-tud? —bromeó Judy, partiéndose de risa —Cloe dice que las mates están en todas partes. Que son como la vida misma.

—Bueno, pues entonces date prisa —dijo Mamá—. No vayas a llegar tarde a tu propia vida.



Camino del colegio, Judy le hizo una pregunta a su *reloj resueldedudas 5000*.

—¿Volverá el señor Todd hoy? —apretó el botón verde.

—No lo sé.

Lo intentó de nuevo.

—¿Volverá el señor Todd hoy?

—No puedo decirlo.

Lo intentó por tercera vez.

—¿Volverá hoy el señor Tood?

—¡No y no!

En cuanto entró en el colegio corrió a su clase. Ni rastro del señor Todd. ¡No había derecho!

La señora Gordon, no tan gorda, no pareció notar *para nada* su nueva actitud «las mates están por todas partes». Y por si fuera poco, le contó a la clase que el señor Todd se había roto un tobillo en Italia. (Seguro que bailando la tarantela). El señor Todd no volvería a clase en, por lo menos, dos semanas más.

Y en cuanto a sus colegas, bueno, sus amigos, eran tan poco *universitarios*... Cuando vieron entrar a Judy pensaron que era un espantapájaros.

—¿Qué te ha pasado en las rodillas? —preguntó Rocky.

—¿Te has caído de la bici y te has roto los pantalones? —preguntó Frank.

—¿Te has hecho mucho daño? ¡Vas llena de tiritas! —dijo Amy Namey.

—Son tatuajes —corrigió Judy.

—Es algo pasajero —afirmó Rocky—. Igual que cuando vino en pijama.

—O con bata de médico —dijo Frank.

—O con traje de peregrina —observó Jessica Finch.

—Para vuestra información os diré que los chicos y chicas de la universidad llevan pantalones de pijama a clase. Es total.

—¿Qué? —preguntó Rocky.

—¿Qué? —preguntó Franck.

Algunas veces los chicos de tercer grado resultaban tan infantiles...

—¿Qué es lo que haces con la profesora particular? —preguntó Amy.

—Cosas de la *uni* —dijo Judy—. Hablamos de álgebra y...



—¿Álgebra?, yo ni siquiera sé qué es álgebra —dijo Jessica Finch.

—No es para tanto. Cuando salgo con mi amiga de la *uni*, tomamos café, conduzco un coche y hablamos por el móvil.

—¡Qué chulo!

—Sí, mola.

—¿Tomas café?

—Bueno, yo tomé chocolate; pero fue en una cafetería y yo lo pedí y lo pagué y tuve que contar la vuelta.

—¡Guau! —exclamó Frank.

—Pero lo del coche no cuela —observó Frank.

—¡Sí que lo hice! —aseguró Judy—. De verdad.

—¡Ya te digo! ¡Sentada en tres guías de teléfono! —dijo Frank.

—¡Y sin carné! —añadió Jessica Finch.

—Conduje un coche en el *Juego de la vida*.

—¡Ah! —dijo Rocky. Amy y Jessica se rieron burlonas.

—¡Judy sabe conducir un coche, eso es verdad; pero el coche era de mentira! —dijo Frank. Y todos se partieron de risa.

Presum-i-tud

En el recreo de la mañana, Judy hacía que hablaba por su teléfono móvil de chocolate. En la clase de ciencias, Judy dibujó una caricatura de la señora Gordon a base de polígonos.

A la hora del almuerzo, Judy exclamó:

—¡A papear! —Y esperó en la cola con sus colegas. Cuando le llegó el turno pidió—:
ponme un largo en taza pequeña, con espuma y leche descremada, sin batir y sin azúcar.

—No tenemos café —le dijo la camarera.

—¿Chocolate caliente? —preguntó Judy; pero lo único que había era chocolate con leche. Un rollazo—. En la universidad te sirven chocolate caliente con un corazón encima dibujado con espuma. Y lo salpican con escamas de chocolate.

—¿De verdad? —dijo la camarera.

—¿Cuántas clases de cereales tienen aquí? —preguntó Judy.

—Ninguna. No tenemos cereales. Eso es para el desayuno. Esta es la comida.

—En la *uni*, puedes desayunar a cualquier hora del día. Incluso a medianoche —Rocky, Frank y Jessica adelantaron a Judy que seguía preguntando.



—¿Hay un bar con aperitivos?

—El bar es sólo para los profesores.

—En la universidad todos podemos tomar pinchos en el bar. Hasta los alumnos. ¿Qué clase de cafetería es ésta? Se debería llamar *caféterribla*.

—¡Oye, *universitaria!* —gritó un chaval de quinto grado al final de la cola—. ¡Muévete, que queremos comer!

Judy agarró su chocolate con leche sin batir, sin corazón de espuma y sin escamas y fue a sentarse junto a sus colegas.

—*Shhh*, ahí viene.

—¿De qué va a presumir ahora?

—¡Se cree tan... *universitaria!*

Finalmente, ella, Judy Moody, acabó comiendo sola en una mesa.

«Cosas de la vida: un Rocky, menos un Frank, menos una Jessica Finch y menos una Amy Namey es igual a un cero patatero. Ni un colega».

Judy contempló su bandeja. Su sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada tenía un aspecto tan... infantil.

En el recreo nadie quiso jugar a lo que Judy proponía: buscar polígonos escondidos por el patio. Judy encontró un triángulo en las ramas de un árbol, un octógono donde la valla estaba rota y seis rectángulos en la escalera que subía al tobogán.



Y los encontró sola.

Por primera vez en su vida, Judy estaba impaciente porque empezase la clase de mates. Ella, Judy Moody, se sabía los horarios. «¡Atención, que llega la Calculadora Maniática. La Princesa Poligonal. La Gurú de los gráficos. La friki de las Fracciones! ¡Esperad y me veréis amontonar caramelos por mis respuestas acertadas!»

Por fin llegó el momento. La señora Gordon empezó a escribir en la pizarra. Judy se enderezó en su asiento. Abrió bien sus antenas como hacía cuando hablaba el señor Tood. Y miró fijamente la pizarra.

¿Palabras? ¿Por qué estaba la señora Gordon escribiendo tantas palabras? ¿Qué tenían que ver las palabras con las mates? ¡Oiga! ¿Dónde están todos los números?

¿Y las fracciones y los signos de más, menos e igual?

Judy levantó la mano.

—Perdón —dijo—. Yo creía que ésta era una clase de matemáticas. ¿Qué son todas esas frases?

—Estamos empezando un nuevo tema —dijo la señora Gordon—. Problemas. Primero tendréis que leer atentamente el planteamiento, después resolver el problema paso a paso.

Desde luego que Judy tenía un problema con las palabras. Un problema con esas frases que se suponía que eran matemáticas.

La señora Gordon señaló la pizarra.

—Jill tiene veinticuatro cromos. Dio la mitad a sus amigos del colegio...

Judy levantó la mano.

—¿Quién es Jill?

—Jill no es una persona de verdad. Sólo es alguien que aparece en el enunciado de un problema.

—O sea, que su nombre podría ser Cloe —dijo Judy—. Y su colegio podría ser una universidad.

La señora Gordon cerró los ojos y soltó un hondo suspiro.

—Por favor, Judy. ¿Me dejas terminar?... Luego, Jill dio la otra mitad de sus cromos a los amigos que vivían en su edificio, menos...

Judy levantó su mano de nuevo.

—¿Edificio? ¿Como una residencia de estudiantes?

—Da lo mismo. Es solamente un ejemplo.

—¿Vamos a tener que hacer un gráfico de este problema? ¿Con dibujos como de cromos? —preguntó Judy—. Porque en la universidad hacemos gráficos.

—Judy, tengo que volver a pedirte que dejes de interrumpir.

—Yo sólo decía si... —replicó Judy.

La señora Gordon, soltó otro profundo suspiro y se puso pálida.

—A Jill le quedaban todavía suficientes cromos para darles a su mamá, a su papá y a su hermanita.

—Esa Jill no parece muy materia-lista sino bastante materia-tonta.

—¡Judy, se acabó! —dijo la señora Gordon. Señaló la tienda de campaña que había en el fondo de la clase.

—¿Tengo que irme a la tienda?

—Estás en lo que llamo «Actitud para ir a la tienda de reflexionar» —dijo la señora Gordon.

—Pero no estoy en actitud de acampada —protestó Judy.

—¡Vete a la tienda! Y no salgas hasta que no muestres una mejor actitud. Y no quiero oír ni una sola palabra más sobre la universidad, Judy.

¡Buf! En realidad, la señora Gordon había sido la causante de que ella fuera a la Universidad. Deseó que la señora Gordon se largase al sitio del que había venido. Probablemente Mates-ha-chu-setts, Nueva Inglaterra.

Judy agachó la cabeza y caminó hacia el final de la clase. Se metió en la tienda. Era como el refugio del señor Sapo del cuento. Sólo que dentro no había sapitos. Menos mal. ¡Puaj!

Ella, Judy Moody, ni siquiera jugó con su *reloj resueldudas 5000*. Pensó en lo que había hecho sin poder comprender para nada qué era lo que no le había gustado a la señora Gordon de su act-i-tud. ¿Es que no se había dado cuenta de su buena *mat-i-tud* nada más verla?



Ahora su buena *mat-i-tud* se había vuelto una *malamat-i-tud*.

«Las mates no eran justas. Mates = vida. La vida no era justa».

¿Ves? Una persona puede ir resolviendo un problema paso a paso incluso en una «Tienda de Reflexionar». Como mucho, una debería tener derecho a una *malamat-i-tud*



No tanta mal-i-tud

Judy Moody estaba en el calabozo. Tenía la peor actitud para las matemáticas que uno pueda imaginar. Era toda una mal-i-tud.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó Cloe aquella tarde de tutoría—. Apenas has comido nada de tu fracción de pizza.

—Estoy de mal rollo —dijo Judy.

—Todo el mundo está alguna vez de mal rollo —dijo Cloe—. Todo depende del modo de pensar, de la manera que mires las cosas.



—A la señora Gordon no le gusta mi modo de ver las cosas. No le gusta mi *actitud*. Así que me mandó a la «Tienda de Reflexionar», pero lo único que conseguí fue que me picara una araña. Esto hizo que mi *actitud* pasara de mala a peor.

—Yo sé algo que podría mejorar tu *actitud* —dijo Cloe.

—¿No irás a decir «álgebra»? —se alarmó Judy.

—No. ¿Qué te parecería venir a la universidad el sábado?

—¡Ah, no! ¿Quieres que estudie mates también los fines de semana?

—No para estudiar mates, boba. ¿No te gustaría venir y pasar el día conmigo en la *uni*? Sólo para divertirnos.

En aquel preciso momento, ella, Judy Moody, descubrió lo que se sentía cuando se cambiaba completamente de estado de ánimo. Era exactamente igual que cuando se pasaba del mal humor a un buen humor. Se siente lo mismo que cuando la picadura de una araña deja de picar. O como cuando te invitan a pasar un día entero divertido y sin mates en la universidad.

Judy estaba deseando que llegase el sábado.



Judy se despertó por equivocación a las seis en punto la mañana del sábado. Un día sin colegio. Cloe le había dicho que a los chicos de la universidad les gustaba dormir hasta tarde, así que Judy trató de pensar como una chica universitaria y procuró volver a dormirse. Imposible.

—Yo no sé qué tiene de guay eso de la universidad —observó Stink—. Todo lo que hacen es cargar con libros muy gordos y llevar un pinganillo en la oreja para escuchar música. Y algunos chicos tienen que vivir allí, sin sus padres, y se tienen que lavar su ropa.



Para ser un chico que leía la enciclopedia, verdaderamente Stink no sabía gran cosa.

—Stink, lo que te pasa es que no tienes la correcta *act-i-tu* hacia la universidad. Espera a ser mayor y a saber más, como yo ahora.

—¿Cuando yo sea mayor y sepa más, comeré también la sopa con tenedor?

—¡Buf! —exclamó Judy abriendo la puerta del lavaplatos para buscar una cuchara. Cuando volvió a su cuenco de cereales, sus *Mood Flakes* habían teñido de rosa la leche.

¡Estupendo! Leche rosa era buena suerte. Ésa era la primera señal de que ella, Judy Moody, iba a disfrutar del mejor día de su vida.

Luego, Judy consultó su *reloj resueldedudas* 5000, sólo para estar segura.

—¿Va ser este día el mejor que he pasado en la Universidad?

—¡Sipi!

Volvió a preguntar para estar completa y absolutamente segura.

—¡Sin duda!

Era una señal. Seguro. Una señal al cuadrado.

Judy siguió a Cloe hasta el tercer piso de la residencia de estudiantes. La pequeña habitación estaba atiborrada de literas, mesas, ordenadores y libros. Había una peluda alfombra color naranja entre las camas y, sobre ellas, unas colchas que imitaban pieles de cebra y de leopardo. Había pósters por las paredes, hasta en el techo.

No faltaba una mini nevera de color rosa, un mini televisor y un mini microondas. Y también había un despertador que era un conejito.

—¡Fantástico! —exclamó Judy—. ¡Tu habitación es tan pequeña y está tan llena de cosas! Todo es estupendo y mini. Tienes literas como yo, sólo que tú tienes la mesa debajo de la cama. Y tu despertador-conejo tiene radio y luz. ¿Hay un botón que si lo aprietas cuando suena, se enciende una luz?

Una chica que llevaba unos pantalones de pijama igualitos... igualitos que los de Judy entró y se dejó caer en una butaca gigante de esas rellenas de escamas de corcho.

—Hola, compi —dijo Cloe—. Ésta es mi nueva amiga Judy Moody. Judy, ésta es mi compañera de cuarto, Bethany Wigmore.

Bethany Wigmore tenía un largo pelo negro y unos enormes ojos oscuros. Bethany Wigmore llevaba auriculares y un montón de collares y... ¡chanclas con piedras de colores!

—Me gustan tus chanclas —dijo Judy.

—Gracias. Me las hice yo.

—¿De verdad?

—Es fácil —dijo Bethany Wigmore—. Sólo necesitas cristales y abalorios y un tubito de pegamento. Ven, te enseñaré cómo se hace.

Bethany Wigmore enseñó a Judy a tunear chanclas. Luego, le dijo:

—Venga, vamos a pintarnos las uñas de los pies.

—No, gracias —dijo Judy.



—Tenemos una pintura especial —di-jo Cloe—. Cambia de color según tu humor.

—¡Entonces sí! —dijo Judy.

En un momento, Judy Moody tenía las uñas pintadas de un rojo brillante que empezaba a virar a morado. Era formidable, era chachi, era guay. Molaba un montón.

¿Quién hubiera imaginado que tener una compañera de cuarto podía hacer que la vida no fuera tan aburrida?

—Vamos a papear —dijo Cloe—. Te llevaré al comedor, luego puedes venir conmigo a clase.

—¿A clase? —exclamó Judy. En principio «clase» sonaba de lo más aburrido, pero en cambio, «clase» en la universidad sonaba como algo de lo que luego podría presumir.

—A clase de pintura —dijo Cloe—. Te vas a divertir, ya lo verás.

Bethany Wigmore les dijo cuando salían:

—¡Nos vemos luego!



Camino hacia el comedor, pasaron por un gran espacio de hierba en el centro del campus que se llamaba el Quad. Cada centímetro estaba ocupado por tiendas de campaña. Judy no había visto en su vida una explanada tan enorme de «Tiendas de Reflexionar». ¿Acaso todo el mundo en la universidad tenía una actitud negativa?

—¿Es que todos los chicos que están en esas tiendas se han metido en líos y les han mandado «Reflexionar»?

—Éstas no son «Tiendas de Reflexionar» —dijo Cloe—. Es una caravana de la Paz. Sólo que, en vez de marchar, la gente anoche ha dormido en esas tiendas para declarar que están a favor de la Paz.

—O sea... que han «descansado en paz» —dijo Judy con un guiño.

—¡Muy bueno! —aprobó Cloe—. Venga, vamos a buscar a mi amigo Pablo.

Redoblaban tambores, bailaban bailarines y la gente ondeaba pancartas... Todo por la Paz. Pablo, el amigo de Cloe, era uno de los percusionistas. Le dejó a Judy que hiciera todo el ruido que quisiera con el bongo. Ella se decidió por el *hula hoop* de la Paz y luego tiñó una camiseta. En la parte de delante dibujó el signo de la Paz y escribió: ¡LA PAZ ES TOTAL!

Esperaron a que la camiseta de Judy se secase y al final Cloe dijo:

—Esto es mucho más divertido que pintar con pintura. ¿Verdad? Ven. Vamos a ver qué hay en la tienda de yoga.

La tienda de yoga tenía un rollo de lo más pacífico. Judy aprendió a poner sus brazos y sus piernas en diferentes posturas. Imitó la posición del gato, de la montaña, de la silla y de un «no mate-triángulo».



—¡Quién iba a pensar que la paz podía ser tan divertida! —dijo Judy dudando entre la camiseta «HE COMIDO TIBURÓN» que llevaba puesta, y otra que decía: «¡LA PAZ ES TOTAL!».

Próxima parada: la cafetería. Judy se comió una tortita con sirope de tres colores, una ensalada del bar «No-sólo-paraprofesores», y la mitad de la hamburguesa de Cloe, que era toda vegetal. ¡De verdad!

No tuvo que esperar en fila. No tuvo que aguantar empujones de los mandones de quinto grado y, sobre todo, no tuvo que comer cosas aburridas como sándwiches de crema de cacahuete con mermelada. ¡Tan típicos de niños de la *guarda*! Como los que servían en la caféterrible. ¡Quién iba a pensar que algunas verduras mojadas en una extraña salsa con ketchup pudieran saber tan... ¡Total!



Art-i-tud

—¡Date prisa, no podemos llegar tarde a clase! —dijo Cloe. Y salieron corriendo por el campus hasta la facultad de Arte. Judy siguió a Cloe a lo largo de un pasillo bordeado de taquillas de colores. Pasaron por delante de la clase de cerámica, en la que había gente haciendo girar sus tornos; por la clase de escultura, en la que los estudiantes estaban construyendo figuras con barro, y por una clase... ¡Con una señora desnuda!

Judy cerró los ojos con fuerza:

—Por favor, dime que NO VAMOS a la clase de la señora desnuda.

Cloe casi escupe el café que tenía en la boca por culpa de la risa.

—Es la clase de dibujo del natural. Para ser artista es necesario saber copiar de la vida misma.

—Cuando yo dibuje «del natural» no será un desnudo completo —aseguró Judy.

En la clase de pintura, Judy se sentó junto a Cloe, era una sala a oscuras donde contempló una serie de diapositivas de cuadros. Los había de huesos, de girasoles gigantes y de tormentosos cielos nocturnos. Hasta de botes de sopa. Había otras hechas con hojas recortadas y pegados sobre el papel, y lunas, y pinturas que parecían chorretones que se hubieran caído, de las que el profesor (al que todos tenían que llamar maestro) decía que

eran obras magistrales. Había además pinturas en blanco y negro y pájaros que hacían daño en los ojos si los mirabas durante mucho rato.



—Esos cuadros son «psico» —dijo Judy, ¡soltando una carcajada. Cloe se llevó un dedo a los labios.

—En tercero tampoco se puede hablar cuando el profesor está hablando —dijo Judy en un murmullo—. ¡Igualito, igualito que aquí!



El profesor, señor Maestro «al-que-le-gustaban-los-cuadros-psico», hablaba y hablaba sin parar sobre las sombras de cada cuadro.



Sombras por aquí y sombras por allá. Las sombras parecían ser muy, muy importantes en el arte.



Cuando la proyección de diapositivas y la interminable charla terminó, todo el mundo tuvo que hacer su propio cuadro (¡Por fin!)

Judy se puso al lado del caballete de Cloe, frente a una mesa alta y armó un lío tremendo. En la universidad no importa si llenas la mesa de pedazos de papel. En la universidad no importa si cae pintura al suelo. Y en la universidad no importa cuánto material gastas, aunque uses una botellita entera de pegamento azul fosforescente.

Cloe le explicó que preocuparse por las reglas estaba pasado de moda. Cloe dijo que el arte es vida y la vida es desordenada, así que el arte debía ser desordenado.

En la universidad lo que importaba era: 1) que utilizases tu imaginación y 2) que fueras tú misma. Pero, ella, Judy Moody. ¿Qué otra podía ser?

Judy estaba tan enfrascada en usar su imaginación y en ser ella misma que hizo siete obras de arte en un momento. Entre ellas una monstruosa flor atrapamoscas, un autorretrato dividido en cuadrados, y una pintura que retrataba el mal humor que se parecía a la de los chorretones de pintura que había pintado el tipo aquel, sólo que con un toque de Judy.

Cloe estaba pintando un cuenco de cerezas sobre un taburete.

—¿Sigues trabajando en el mismo cuadro? —preguntó Judy.

—Copiar del natural cuesta mucho trabajo —dijo Cloe.

—Ya, pero supongo que querrás acabarla mientras estás «todavía» en esta vida, ¿no? ¡Son sólo cerezas! —Judy torció la cabeza—. ¿O es un pez dorado?

—¡Muchas gracias! —dijo Cloe.

—Deberías ponerle lunares en el fondo —dijo Judy—. Y le falta un gato o algo así.



Cloe dijo que las sugerencias de Judy le gustaban, pero Judy no vio que pintase lunares. O gatos. Sólo las mismas viejas cerezas en el mismo cuenco.

Judy cogió la bandeja de corcho blanco del supermercado que estaba debajo del cuenco de cerezas de verdad de Cloe.

—¿Te importa si me la llevo para hacer una pintura pop-art como la del tipo que pintó los botes de sopa?

—Llévatela —dijo Cloe.

Una pintura pop-art. Judy acababa de aprender qué era eso. Es un retrato de algo que se ve a diario, como un bote de sopa, algo en lo que uno nunca se habría fijado, pero que, si lo pintas en un rojo brillante o en un amarillo llamativo, de repente te sorprende y piensas en ello.

Judy pintó en la bandeja de corcho blanco una tirita. Hizo muchos agujeros para pintarles por encima muchas tiritas. Luego, echó pintura de diferentes colores fosforescentes en la bandeja y la presionó hasta nueve veces sobre un gran pedazo de papel.

—Mi obra pop-art impresiona. ¿A que sí? —dijo Judy a Cloe.

—¿Lo has hecho tú? —exclamó Cloe—. ¡Es fantástica, de veras!

Cloe no había pintado ni un solo lunar. Ni siquiera un pelo de gato.

—¿Todavía no has terminado? —preguntó Judy—. Eres más lenta que una tortuga.

Cloe se echó a reír.

—Bueno. Venga. Vámonos. Ya terminaré esto luego.

Judy recogió todas sus pinturas.

—Las voy a colgar todas en mi cuarto como si fuera una exposición de arte. Creo que ésta es la mejor que he hecho; la llamo *Retrato de una Tirita-no-Bote-de-Sopa-sin-*

Sombras. Edición de Lujo.

—Me gusta que la hayas firmado sólo «Jude».

—Es mi nombre artístico.

—Bueno, Jude, creo que será mejor que la dejes aquí, porque aún no está seca del todo.

—¡Ah no! —dijo Judy.



—No te preocupes. Yo la cuidaré. Podrás recogerla la próxima vez que vengas a clase. Y ahora te llevaré a casa. Tengo que preparar un trabajo de veinte páginas sobre Platón y Sócrates.

—¿Sobre un plato grande y secretos? Bueno, por lo menos vas a escribir sobre cosas divertidas, ¿no? —comentó Judy.

—Sí, tienes razón —dijo Cloe mientras entraban en el escarabajo verde lagarto—. Te ha gustado la clase de arte, ¿verdad?

—Me ha encantado —dijo Judy sonriendo de oreja a oreja.

Judy pensaba que sólo había tres cosas malas en aquello de la universidad:

1) ir a clase en sábado, 2) la clase de la Señora Desnuda, y 3) charlar por los siglos de los siglos sobre sombras.

Aparte de esto, en la universidad casi no había reglas, y todo el mundo hablaba mucho de ser pacífico. Se podía estar levantado mucho rato, hasta muy tarde, charlar con compis como Bethany Wigmore y tocar el tambor con colegas como Paul y dormir en «tiendas de reflexionar», y comer hamburguesas vegetales todo el día y convertir cualquier cosa aburrida y corriente en arte.

La universidad era lo más súper de lo fantástico superfantástico.

Gat-i-tud

En cuanto llegó a casa del instituto, Judy preguntó a Kate y a Richard si podía tener una mini nevera rosa en su cuarto. Le dijeron que ni hablar. Judy llamó a Cloe con el móvil, el de verdad, no el de chocolate de Kate.

—Dicen que las neveras deben estar en las cocinas —le contó a Cloe—. «Son unos carrozas».

Al día siguiente, Judy echó un largo vistazo a su habitación.

Tenía un *look* triste. Había llegado el momento de un cambio.

Iba a renovarla, a darle un aire más «universitario».

Para empezar, amontonó toneladas de almohadones en el suelo. Luego, pintó con un rotulador rayas de cebra en las colchas.

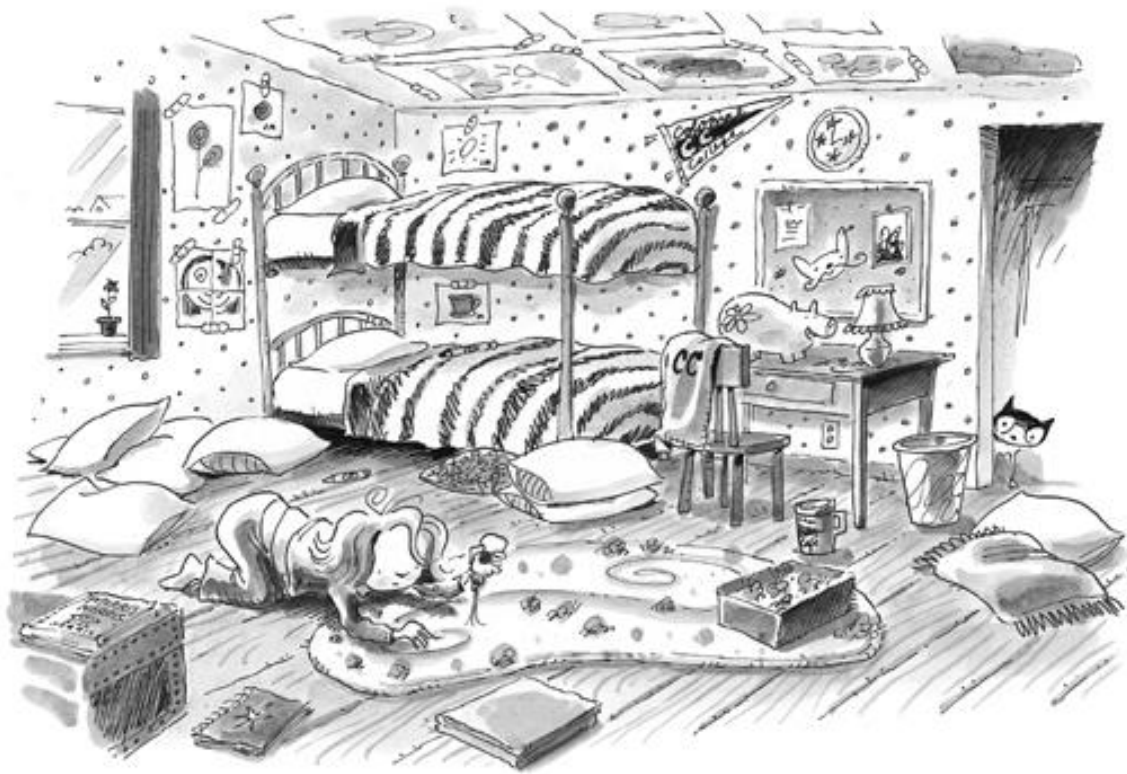
Después colgó sus pinturas en las paredes y en el techo, utilizando tiritas para pegarlas. Reservó un sitio de honor para su *Retrato de una Tiritita-no-Bote-de-Sopa-sin-Sombras. Edición de Lujo*.

¡Total! Ahora lo único que faltaba era una vieja alfombra despeluchada y descolorida como la de Cloe. Pero, ¿cómo convertir una vieja y no despeluchada alfombra en un feroz animal de la jungla con su pelambrea?

Lo intentó con polvorientos conejos de peluche que sacó de debajo de la cama. Probó con pelusas. Incluso lo intentó haciendo que Mouse se revolcase sobre la alfombra para mejorarla y llenarla de pelos de gato.

Judy se puso de pie para admirar su nueva alfombra animal. La verdad es que no se parecía a un tigre. No tenía una espesa piel. Parecía, más bien, una gigantesca pelota peluda. Y para empeorar las cosas, Kate la obligó a pasarle la aspiradora si no quería quedarse sin paga.

Judy se sentó en la litera de abajo para pensar. Mouse estaba persiguiendo un ovillo de lana. Un ovillo de lana naranja. Un ovillo de lana blandito y peludo.



—¡Mouse, dame eso! —pidió Judy, y se puso a perseguirle, a cuatro patas, por toda la habitación, derribando montones de almohadones, de libros y hasta la papelería.

—¿Qué pasa? —quiso saber Stink— ¿Qué estás haciendo?

—¿A ti qué te parece? —le dijo Judy.

—Que estás persiguiendo al gato —dijo Stink—, pero, ¿por qué estás persiguiendo al gato?

—Para quitarle el ovillo —dijo Judy.

—¿Y para qué quieres el ovillo?

—Para cortarlo en un millón de pedacitos.

—¿Y para qué lo vas a cortar en un millón de pedacitos? —preguntó Stink.

—Para hacer una peluda alfombra naranja. ¿Qué te creías? Quiero darle un aire nuevo a mi habitación.

—¡Mamááá...! —gritó Stink—. ¡Judy está persiguiendo al gato para quitarle el ovillo de lana para cortarlo en un millón de pedacitos y hacer una alfombra peluda para su cuarto!

¡Qué HPP! (Hermano Pequeño Plasta).



Después del experimento de la alfombra, Judy se buscó algo más tranquilo.

—Paz, Paz... —les decía a todos los que se cruzaban con ella—. Me vuelvo a mi tienda.

La tienda del Club del Sapo era igual que la Tienda de Reflexionar, sólo que sin reflexión. Judy se metió dentro, era un lugar secreto y tranquilo, como las tiendas de la Paz de la Universidad. Se echó al suelo sobre sus rodillas y sus manos. Mouse se estuvo quieto sobre sus cuatro patas, mirando. Judy arqueó la espalda. Mouse arqueó la suya. Judy inspiró y espiró. Mouse inspiró y espiró.

Judy se miró el ombligo. Trató de llenarse de Paz.

—¿Qué chorradas estáis haciendo...? —exclamó Stink entrando de golpe en la tienda.



—Stink, estás destrozando mi Paz.

—¿Que estoy destrozando tu qué?

—Esto es yoga —dijo Judy—. Mouse y yo nos estamos colocando en la postura del gato.

—Mouse parece un gato —dijo Stink—, pero tú pareces alguien que se está mirando el ombligo del revés.

—Prueba a hacerlo tú —dijo Judy—. Yo lo he aprendido en la universidad.

—Yo puedo mirarme el ombligo estando sentado —dijo Stink—, y sin haber ido a la Universidad. Además, mirarte el ombligo es tan divertido como mirar a la pared.

—Eso también lo hacen en la *uni* —dijo Judy.

—A-bu-rri-do —dijo Stink.

—Hola, ¿qué hacéis? —preguntaron Rocky y Frank, colándose en la tienda con sus patatas de chico.

—¡Ah, sí! Yo había venido a decirte que Rocky y Frank iban a venir.

—¿Es ésta la postura del revés de las reuniones del Club del Sapo?

—Es yogur —dijo Stink— lo ha aprendido en la universidad.

—Yoga, no yogur. Es un ejercicio, no una cosa de comer.

Estaba claro que Stink no había leído en el diccionario la Y de yoga.

—A ver. ¡Déjanos ver cómo lo haces!

Judy les mostró cómo arquearse igual que un gato. Les mostró como doblarse en dos como una silla plegable, alzarse hasta el cielo como un guerrero y sostenerse sobre un pie como un árbol.

—Y ahora cerrad los ojos, pero no penséis.

—Yo no puedo «no» pensar —dijo Frank—. Sigo pensando en lo tonto que es sostenerse en una sola pierna y hacer como si fuera un árbol y, encima, no pensar.

—Me siento como un flamenco —dijo Stink—. O como una cigüeña medio dormida.

—No habléis —dijo Judy. Y apretó los ojos con fuerza.

¡CATACRÁS! Cuando Judy abrió los ojos se encontró con los dos chicos tirados por el suelo en un revoltijo de brazos y piernas, y muertos de risa.

—¡Postura de pulpo! —dijo Stink, haciendo el pino.

—Para tu información, no existe ninguna postura de pulpo en yoga.

Judy cerró los ojos otra vez y trató de escuchar sin alterarse, pero lo único que pudo oír fueron más golpes, revolcones y risas.



Rocky tenía el cuello estirado hacia el techo. Frank tenía los brazos y las piernas retorcidos como si fuera un monstruo. Y Stink estaba encogido y hecho una bola.

—Postura de jirafa —gritó Rocky.

—Postura de superhéroe —añadió Frank.

—Postura de queso azul maloliente —dijo Stink.

—¡Puaf! —dijo Rocky abanicándose con su mano—. Deberías llamarla Postura de soltar gases —los chicos se retorcieron de risa.

—¡Ay, hermano! —Suspiró Judy.

Estaba claro que los chicos no servían para disfrutar de la completa Paz del yoga.

Suspens-i-tud

Cuando a la mañana siguiente llegó Judy a la clase de Tercero T, ahora Tercero G, no había profesor en el aula. ¿Sin profesor? ¿Sin mates-caramelos en la mesa? ¿Sin «Tienda de Reflexionar»? Algo estaba mejorando. ¡Mejorando!

La clase intrigada se preguntaba qué podría haberle pasado a la señora Gordon. ¿Se habría ido de acampada con su «Tienda de Reflexionar»? ¿Se habría comido todos los caramelos de respuestas correctas? ¿Se habría largado a Italia para aprender a ser mejor profesora?

Sonó la campana y seguían sin profesor.

—Bueno, pues alguien tiene que hacer de profesor —dijo Jessica—. Y creo que debo de ser yo porque soy la más lista.

—Pero Judy Moody ha ido a la universidad —le gritó Frank.

—Y ha aprendido allí un montón de cosas —dijo Rocky—. Sabe convertirse en un gato, en una silla o en un árbol.

—¡Judy Moody! ¡Judy Moody! —coreó toda la clase, pateando el suelo al compás de la aclamación.

Ella, la profesora Judy Moody, se colocó frente a toda la clase y les habló de la universidad. Les habló de las habitaciones, de los tambores, de las hamburguesas vegetales y de las máquinas de autoservicio. Les habló de tortitas con crema, de pop-art y de la acampada por la Paz. Les enseñó a todos la postura del árbol.

Y les enseñó a limpiar sus mentes.

—No es como lavarse los dientes. Es pensar en cosas hasta que te duela la cabeza, como una especie de adivinanza o, más bien, como un difícilísimo problema.

—¿Como qué? —preguntó Frank.

—Pues, por ejemplo... si un árbol se cae en la selva, y no hay nadie en kilómetros y kilómetros alrededor para oír el ruido, ¿hace ruido o no?

Toda la clase se quedó silenciosa. En completo silencio. Quietud yoga, no quietud yogur. Toda la clase estaba profundamente concentrada en una profunda actitud de «Reflexionar».

Justo en ese momento, Judy vio por el rabillo del ojo algo que se movía por el pasillo. Algo como una sombra. La sombra se movió. La sombra era...

—¡SEÑOR TODD! —gritó Judy, rompiendo el silencio de la profunda reflexión—. ¡Mirad! ¡El señor Todd ha vuelto!

—¡Señor Todd! ¡Señor Todd!

—¿Puedo probar sus muletas?

—¿Dónde se ha ido la señora Gordon?

—¡Nos daba caramelos!

—A Judy no se los daba, la mandaba sola a la «Tienda de Reflexionar».

Cuando la clase de Tercero T, que no Tercero G, se calmó un poco, el señor Todd les contó lo de su pierna rota y cómo tuvo que ir a ver al médico, por lo que había tardado en

volver. Les enseñó la escayola y todos los chicos y chicas firmaron en ella.

—Estoy muy orgulloso de vosotros por vuestro comportamiento durante el tiempo en que he estado fuera. Y, Judy, tienes que contarme tu secreto —dijo el señor Todd—. No sé cómo has conseguido que la clase estuviera tan callada.

—¡Nos estaba hablando de la universidad! —dijo Frank—. Judy Moody, además de estar en tercero, ahora va a la universidad.



Le contaron al señor Todd lo de la señora Gordon y lo de las clases particulares y lo de la universidad. Le contaron lo de los problemas en los que había que seguir varios pasos y lo de los caramelos en mates y lo de la Tienda de Reflexionar.

El señor Todd sonreía y fruncía el entrecejo y alzaba las cejas y se empujaba las gafas que se le escurrían nariz abajo.

—Hay que ver la de cosas que me he perdido en estas pocas semanas. Os voy a decir una cosa —el señor Todd miró su reloj—. Hoy ya casi se nos ha pasado el tiempo de la clase de ortografía. Vamos a tomarnos un recreo corto y cuando vuelva, será la hora de la clase de mates. Y os voy a plantear una adivinanza...

—¡No queremos exámenes!

—No os preocupéis. No habrá notas. Sólo quiero ver cómo estáis en matemáticas.

—Ufff... —gruñó la clase. Toda la clase menos Judy. Ella estaba encantada de que le plantearan una adivinanza. Estaba deseosa de mostrarle al señor Todd todo lo que había aprendido con su profesora: gráficos y fracciones y álgebra. Por una vez iba a ser ella la que iba a ganar montañas y montañas de caramelos en mates.

El señor Todd distribuyó los papeles. Judy sacó su lápiz sonriente de la universidad para que le diera suerte. Los lápices de Tercer grado estaban pasados de moda. El lápiz de la universidad de Judy volaba, sólo tuvo que borrar dos veces. Hasta hizo un gráfico para subir nota. Ni siquiera miró una sola vez a su *reloj resueldudas 5000*.

Judy solucionó aquel *pop-problema*. Dominó aquella adivinanza matemática. El señor Todd se iba a quedar admirado ante la nueva mat-i-tud de Judy. Muy pronto ella iba a ser la orgullosa dueña de cubos y cubos llenos de mate-caramelos.

¡Solucionado! Judy levantó la cabeza. No podía creer lo que veían sus ojos. Ella, la Genial-Matemática-Judy, no era la primera en terminar. Era la «última».



—¡Se acabó el tiempo! —dijo el señor Todd—. Ahora tendremos quince minutos de lectura silenciosa mientras yo examino vuestros trabajos.

Durante quince silenciosos minutos, Judy leyó el libro de *Catwings*. Leía con los ojos, pero no con el cerebro. Todo lo que su cerebro podía pensar era en lo superestupendamente que iba a quedar en matemáticas.

El señor Todd fruncía el ceño. Levantaba la vista. Volvía a mirar el papel que tenía delante. Se rascaba la cabeza. El señor Todd fruncía el ceño una y otra vez.

Escribió y escribió con su lápiz rojo. Judy pudo observar que apenas tocó el lápiz verde para poner «buen trabajo».

—Clase —dijo por fin el señor Todd, levantando la vista y mirándolos a todos—. Tenemos un problema.

¿Un problema? ¡Claro que había un problema! Había diez problemas. Todo el mundo sabía que las mates estaban llenas de problemas.

—He corregido los trabajos y la mejor nota es para Judy Moody.

—¡Guauu...! —exclamó Judy. Pero no comprendía que ser la primera de su clase, ser la mejor en matemáticas, pudiera ser un problema.

—El problema es... que todos los demás han fallado.

¿Qué? ¿Que la clase entera había sido incapaz de resolver la prueba?

—La mayor parte de vosotros no habéis terminado la prueba. Parece que muchos ni siquiera lo habéis intentado. ¿Puede alguien explicarme qué está pasando aquí?

Toda la clase bajó la cabeza para mirar al pupitre, o al suelo, o a sus zapatos. Todos menos Judy.

—Profesor Todd —dijo Judy, levantando una mano—. Yo sé lo que pasa. Yo he tenido que ir a la universidad para ser una súper-estupen-genia en mates, y todos los demás se han quedado retrasados.

—Umm... —murmuró el señor Todd—. ¿Alguna otra idea? ¿Jessica Finch?

Jessica carraspeó.

—Bueno, mmm... Rocky y Frank pensaron que sería estupendo ir a la universidad y dijeron que...

—Nosotros tenemos la culpa —dijo Rocky—. Pensamos que si todos fallábamos, necesitaríamos clases de apoyo y entonces tendríamos que ir todos a la universidad.

—Como Judy —dijo Frank.

—¡Profesor Todd! —reclamó Judy—. Creo que yo me merezco todos los caramelos de mates, porque he sido la única que he resuelto la prueba. Y todos los demás deberían ir a la «Tienda de Reflexionar».

—Vamos a dejar algo claro —dijo el señor Todd—. Veo que la señora Gordon ha seguido un método distinto durante las últimas semanas, pero en mi clase hacemos el trabajo para aprender, no para ganar caramelos. Y en cuanto a la tienda, parece que tenemos un problema de reflexión más grande que cualquier tienda.

La clase de Tercero T guardaba silencio. No se trataba de un silencio pacífico, sino de un silencio inquieto y nervioso.

—Lo sentimos —dijo Frank.

—Lo repetiremos —dijo Rocky—. Y esta vez lo haremos de verdad.

El señor Todd asintió con la cabeza.

—Profesor Todd —dijo Judy—. Yo quiero hacerle una pregunta. Quiero decir, estaba pensando que... ¿si usted estuviera regañando a la clase y ninguno de nosotros estuviéramos aquí para escucharle, seguiría usted todavía enfadado con nosotros?

Grat-i-tud

—¡Mamá, Papá! —dijo Judy durante la cena aquella noche—. ¡Quiero decir, Kate y Richard! ¿Sabéis qué? El profesor Todd nos ha puesto un ejercicio en mates hoy y he sido la única que lo ha hecho bien.

—¡Ya. Vaya cosa! —despreció Stink—. Todos los demás fallaron a propósito, porque quieren ir también a la universidad.

¡Uf! Las noticias corrían rápidamente por el Colegio Dare de Virginia.

—¿Y a mí qué me importa? El caso es que yo gané —dijo Judy.

—¿Ha ganado dinero? —preguntó Stink—. Porque yo soy muy bueno en mates, así que si a ella le dan dinero, a mí me lo tienen que dar también.

—Stink, eres un superplasta. Y no preguntes: ¿qué es un plasta? Porque eso hará que seas más superextra plasta todavía.

Cosas de la vida: Stink = Plasta. Plasta = persona insoportable.

—Nadie ha ganado dinero —dijo Papá.

—Y nadie es un plasta —añadió Mamá.

—Eso. Y ahora no estás en la universidad —dijo Stink.

—Y una buena noticia —anunció Mamá—. Ya no tendrás que ir más a clase particular.

—Eso. ¡Se te acabó el yogur!

—¿Qué? —a Judy le gustaba la universidad. Le encantaba tener una profesora.

—Ya sabías que iba a ser por poco tiempo —dijo Papá—. Sólo era una ayuda temporal durante unas semanas, pero ahora el señor Todd ha vuelto y estamos orgullosos de lo estupendamente que lo estás haciendo.

—Seguirás viendo a Cloe, cariño —dijo Mamá—. Es posible que vaya a vuestra clase para echar una mano al señor Todd. Y nos dijo que estaría encantada de venir a acompañarte en cualquier momento.

—¿Sabe ella que Stink también vive aquí?

—Y ésa no es la mejor de las noticias —dijo Mamá—. Cuando Cloe llamó esta mañana...

—¿Ha llamado Cloe? ¿Has hablado con Cloe? ¿Cuándo? ¿Dónde estaba yo?

—Estabas en el colegio... —dijo Mamá.

—¡Qué asco, no hay derecho! —Judy odiaba que su teléfono móvil fuera de chocolate.

—Deja que Mamá termine de hablar —dijo Papá.

—Bueno, ¿recuerdas un cuadro que hiciste cuando pasaste un día en la universidad con Cloe?

—¡Sí! *Retrato de una Tirita-no-Bote-de-Sopa-sin-Sombras. Edición de Lujo.*

—¿Qué es eso?

—Es una pintura pop-art, como la de este tipo que pintaba botes de sopa, Andy Wargol.

—¿Andy Wargol? —se asombró Stink—. ¿Un futbolista?

—No. Un pintor. Andy Warhol —corrigió Papá.

—¿Me vais a dejar que termine? —preguntó Mamá.

—¡Paz! —dijo Judy, alzando dos dedos.

—Estaba diciendo que dejaste allí la pintura, imagino que para que se secase, y el profesor pensó que la había hecho uno de sus alumnos. Eligió tu pintura para colgarla en la exposición de arte de la universidad. Tiene una pequeña sala de exposiciones allí, en la biblioteca.



Judy no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Mi pintura? ¿En la universidad? ¿En una exposición de Arte? ¿De verdad? —Papá se reía.

—Pensamos que te gustaría.

¿Gustarle? Eso era la millonésima fracción de lo que sentía. Estaba superextra encantada. Era guay al cuadrado. Ella, Judy Moody «Wargol», la maravillosa Jude, iba a estar en la exposición de arte de la universidad. ¡De verdad, verdadera!

—Tengo que llamar a Cloe —dijo Judy.

—¿Con tu teléfono de chocolate? —preguntó Stink.

—Stink, lo devolví. No eres un plasta, ni siquiera un plasta al cuadrado. ¡Eres un plasta al cubo!



—¡Un poco de plasta basta...! —canturreó Stink, balanceando la cabeza y pisando fuerte por toda la cocina.

—¡Qué plasta más plasta plastosa!

A la mañana siguiente en el colegio, Judy chancleteó por el pasillo hasta llegar a la clase de Tercero T.

—Profesor Todd —preguntó—. ¿Le dijo usted a Kate y a Richard que yo ya no necesitaba más clases *particulares*? La verdad es que he aprendido muchas cosas en la universidad y me gustaría seguir yendo. Además, mi pintura está allí en una exposición de arte, y me encantaría ir a verla...

—¿Sabes, Judy? No eres la única que quiere ir a la universidad —observó el señor Todd.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Es que usted no fue a la universidad de joven, quiero decir, para aprender a ser un profesor?

—No. No hablo de mí. Me refiero a toda la clase. La clase de Tercero T va a ir a la universidad.

—¿Es que toda la clase necesita clases extras? Pensaba que habían hecho mal el examen a propósito.

—No vamos allí para dar clase —dijo el señor Todd—. Vamos de excursión.

—¿A la universidad?

—A la universidad —dijo el señor Todd.

—¿Estará Cloe?

—Sí, Cloe estará allí. Vamos a pasar la mañana en el Laboratorio de Matemáticas.

—¿Y podremos ir a ver mi cuadro?

—Sí, podremos ir a ver tu pintura. Será estupendo, ¿no?

—Usted no se imagina ni la mitad de lo estupendo que es. Ni los tres cuartos. Ni las nueve décimas de lo estupendo que es. ¡Gracias, señor Todd. Gracias!

Ella, Judy Moody, tenía una nueva act-i-tud: grat-i-tud.

Alegr-i-tud

Pasó una semana entera hasta que Judy y su clase fueron la universidad. La semana les pareció un año. Por fin llegó el día.

Cuando la clase de Tercero T llegó a la universidad, la primera parada fue el Laboratorio de Mates. Judy les guió al departamento de investigación y les enseñó a hacer construcciones con bloques de esponja.

Además probaron las fracciones de la pizza de Cloe (a Judy le tocó recoger las cajas y las migas).

Luego Cloe repartió cartones para que dibujaran sus tableros de juegos. Todos tuvieron que extender los cartones por el suelo y elaborar su propio juego.

Judy Moody dibujó en su cartón varias tiendas y un camino lleno de curvas que iba de unas a otras.

Cloe miraba por encima de su hombro.

—¿Qué es eso?

—Mira, empiezas en la «Tienda de Reflexionar» —explicó Judy—. Y tienes que ir por el camino sin caer en la Tienda de la Mal-i-tud. Para ganar tienes que llegar a la Tienda de la Grat-i-tud.

v

Después hizo una ruleta. Luego unas acti-cartas.

—¿Ves?, te pueden pasar cosas malas por el camino —dijo Judy—. Pero todo depende de tu actitud. Si eliges una carta de actitud negativa tienes que irte a esa tienda. Si te toca una carta de actitud positiva, te adelantas una casilla. Con tres cartas de actitud positiva ganas el Premio de la Paz.

—¡Fantástico! —dijo Cloe.

—¿Ves? —dijo Judy—, en el Juego de la Vida de Judy Moody todo depende de la ACT-I-TUD.



—¡Hora de comer! —proclamó Cloe. Ella y el señor Todd acarrearón unas grandes cajas hasta las mesas que había cerca del estanque de los patos. La clase de Tercero T contó doce patos de brillante cabeza verde y veintisiete ocas canadienses, tres patos vulgares y once tortugas.

—¡Podríamos hacer un gráfico! —exclamó Judy.

—Bueno. Vamos a comer primero. —Cloe pasó las cajas con la comida. Dentro de cada caja había una hamburguesa... vegetal.

Enseguida la clase de Tercero T estaba yoga-silenciosa mientras se comía la vegetariana hamburguesa vegetal y se bebía el zumo de zanahorias. Los patos se encargaban de recoger todas las migas que se les caían.

—¡Mola! Apuesto a que no sabíais que la comida sana sabía tan bien —dijo Judy.

—Y para postre —dijo Cloe—, hay un cono de helado de Niebla de Jungla Batida con Baya Azules para todos.

—¡Helado azul!

—¡Yupiii...!

—¡Me encanta!

—¿Está hecho con verduras también?



Cuando todos habían terminado de lamer hasta la última gota de helado, Frank preguntó a Cloe:

—¿Tenéis recreo en la universidad?

—Desde luego —contestó Cloe—. En la universidad te puedes tomar tu propio recreo más o menos cuando quieras.

—¡Guay! —exclamaron al mismo tiempo Judy, Rocky y Frank.

Judy vio a dos chicos de la universidad que, atravesando el césped, se dirigían hacia ellos. Traían *fresbees*, *hula hoops* y... ¡bongos!

—¡Mirad! —dijo Judy—, son Bethany Wigmore y Paul el chico del bongo.

La clase de Tercero T tuvo el mejor recreo de su vida... Un recreo al cuadrado, al estilo universitario. Cuando acabaron con los *hula hoops*, se cansaron de perseguir *fresbees* y de tocar el bongo, era hora de ir a visitar la exposición.

Judy Moody y todos sus compañeros de Tercero T caminaron a través del campus, pasaron por el Café Catz y por delante del edificio de la biblioteca. Subieron en silencio las escaleras hasta el segundo piso donde estaba la galería de arte.

¡Mamá, Papá y Stink estaban allí con una cámara de fotos!

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —les preguntó Judy en un susurro.

—No queríamos perdernos tu gran exposición —contestó Papá.

—Y yo me he escapado de la clase de aprender a poner las comas —dijo Stink.

Judy entró en la silenciosa sala, en cuyas blancas paredes estaban colgadas las pinturas.

Había bodegones con frutas y paisajes con árboles. Había pinturas con borrones y manchas, y collages con gatos de colores.

Y, de repente, la vio. *Retrato de una Tirita-no-Bote-de-Sopa-sin-Sombras. Edición de Lujo.*

—Adivinad cuál es la mía —dijo Judy.

—¡La de la tirita! —gritó Stink, corriendo hacia la pintura.

—Es muy colorista —dijo Papá.

—Muy creativa —opinó Mamá.

—Muy *universitaria* —dijo el señor Todd, guiñando el ojo.

—¡Mira! —dijo Stink—. ¡Te han dado un premio!

—¿A mí? ¿Un premio en la exposición? —preguntó Judy.

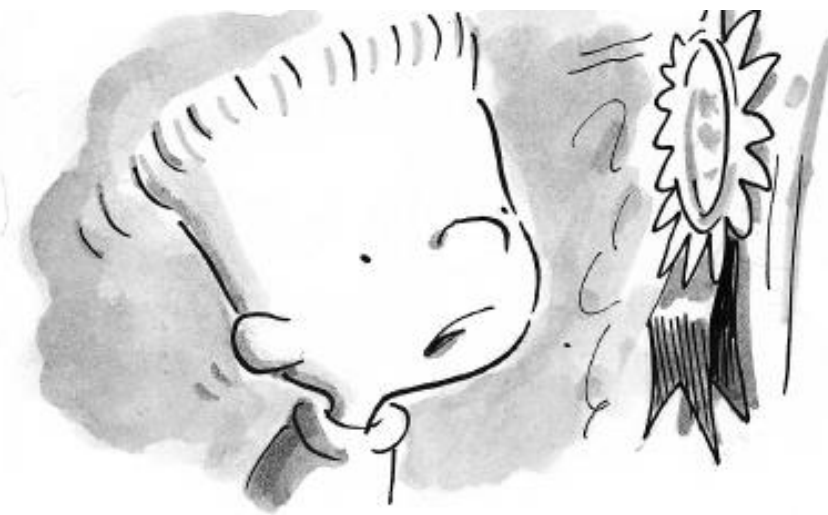
Stink avanzó para mirar el premio de cerca.

—Bueno, no te preocupes —dijo tapando la escarapela con su cabezota para que Judy no pudiera verla.

—¿Qué? —dijo Judy—. Aparta. Déjame ver.

—No te va a gustar —dijo Stink—. Dice que has ganado una HORRIBLE MENCIÓN. Es verdaderamente asqueroso.

—¿Horrible Mención? —ella, Judy Moody, había ganado un premio por la más horrible pintura que había en la exposición de arte—. ¿Por qué mencionarla si es tan horrible? —se quejó Judy.



El señor Todd empezó a reírse. Y Papá y Mamá también. Y lo mismo hizo Cloe.

—¿Por qué os reís todos? ¡No tiene gracia! —exclamó Judy—. Horrible Mención significa que mi pintura es horrible.

—Es una «Honorable Mención», Judy —explicó Cloe.

Honorable Mención sonaba muchísimo mejor que Horrible Mención.

—Eso es que está bien, ¿verdad? —preguntó Judy. Stink se movió para que Judy pudiera ver.

—¡Está muy bien! —dijo Cloe—. Quiere decir que tu pintura está bien al cuadrado, que la han encontrado tan buena que te han otorgado una hermosa escarapela.

«¡Superextra guay!»

—Vamos a ponernos junto a tu pintura para que podamos hacernos una foto —propuso Mamá. Y todos se agruparon alrededor de Judy, y la bibliotecaria tomó una foto con la cámara de Stink.

—¡Déjeme verla! —pidió Judy.

Vio la imagen en la cámara. A su alrededor estaban Kate y Richard y Stink; Rocky, Frank, Jessica Finch y todos los demás de clase de Tercero T; el profesor Todd y Cloe; Bethany Wigmore y Paul, el del bongo.

Y en el centro de todos, justo debajo de la No-Horrible-Mención, aparecía la propia Judy con una sonrisa de oreja a oreja.

Si esta foto hubiera sido una pintura, Ella, Judy Moody, la hubiera llamado *Retrato de la Artista con sus viejos, su profesor, la tutora universitaria, algunos colegas, y el Plasta con sombras. Edición de Lujo.*

Fue solamente un segundo, una millonésima de segundo, algo que pasó en un visto y no visto en el juego de la vida de Judy Moody, pero que la hizo sentirse estupendamente. Ella, Judy Moody, estaba llena de ALEGR-I-TUD.

¡TOTAL-I-TUD!



Sobre la autora

Megan McDonald, autora de la inmensamente popular y galardonada serie protagonizada por Judy Moody, nació en Pensilvania, EE UU, y fue la menor de cinco hermanas en el seno de una familia de infatigables contadores de historias. Como a ella no la dejaban meter baza, empezó a escribirlas. A propósito de *Judy adivina el futuro*, dice: “Soy una niña de los sesenta y los anillos del humor fueron algo mágico para mí. En cuanto vi que volvían a popularizarse, supe que Judy Moody tenía que tener uno. ¡Sólo Judy Moody es capaz de pensar que puede ponerse un anillo del humor para ver el futuro! ¿Quién sabe? Tal vez sí. ¿Acaso no es cierto que nuestro destino es en parte obra nuestra?”. Megan McDonald vive en California con su marido Richard.

Sobre el ilustrador

Peter H. Reynolds es el ilustrador de los cuatro libros de Judy Moody y afirma: “Judy se ha convertido en una parte fundamental de mi vida. ¡A veces tengo la sensación de que es vecina mía! *Judy adivina el futuro* trata un tema profundo, el de poder ver el futuro. Judy lo explora jugando mientras anima al lector a hacer lo mismo. Espero que Judy anime a los lectores a adivinar un futuro de buen humor, un futuro de paz”. Vive en Massachusetts.

Título original: *Judy Moody Goes to College*

Publicado primero por Walker Books Limited, Londres SE11 5HJ

© 2008, Megan McDonald

© De las ilustraciones y la tipografía de “Judy Moody”: 2008, Peter H. Reynolds

© De la traducción: 2009, P. Rozarena

© 2014, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-9437-1

Diseño de cubierta ebook: María Pérez-Aguilera

Conversión ebook: Kiwitech

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial